

BOLETIN

DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Hotel de la *Institución*.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada.— Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 0,50. Se publica dos veces al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la «Correspondencia».

AÑO XV.

MADRID 31 DE ENERO DE 1891.

NÚM. 335.

SUMARIO.

PEDAGOGÍA.

El Asilo de Huérfanos Prévost, por *M. A. Sluys*.

ENCICLOPEDIA.

Clasificación de los miserables respecto á las causas de su miseria, por *D.ª C. Arenal*.—La República Norte-Americana, según el profesor Bryce, por *D. G. de Azcárate*.—Espíritu del antiguo ciudadano en Roma, por *don J. de Caso*.

INSTITUCIÓN.

Noticia.

PEDAGOGÍA.

EL ASILO DE HUÉRFANOS PRÉVOST,

por el Prof. hon. *M. A. Sluys*,

Director de la Escuela Normal de Bruselas (1).

Cempuis es un pueblo del departamento de l'Oise, situado á algunos kilómetros de Grandvilliers, entre Beauvais, tan renombrada por su catedral, y Amiens, cuya catedral no es menos célebre. No ofrece nada particularmente de interés, si no es un asilo de huérfanos, dirigido por M. Paul Robin, que aplica en él los principios de la instrucción integral, que ha desenvuelto en un estudio publicado por la *Revista de Filosofía Positiva*, de 1869 á 70.

«La idea de la enseñanza integral, decía, ha nacido del sentimiento profundo de la igualdad y del derecho que tiene cada hombre—debe entenderse por esto varón ó mujer,—sean cualesquiera las circunstancias en que la casualidad le haya hecho nacer, de desenvolver lo más completamente posible todas sus facultades físicas é intelectuales.

Muchos espíritus sinceros se asustan de semejante ensueño y les cuesta mucho trabajo desembarazarse de las ideas corrientes sobre

(1) Extractamos estas páginas del trabajo que con este título acaba de dar á luz nuestro colega M. Sluys, como un documento más en pro de la pedagogía moderna. (*N. de la R.*)

la enseñanza primaria, secundaria y superior. ¿Para qué, dicen, puede servir á un obrero el conocer las especulaciones científicas, las bellas artes, las obras maestras de la literatura? Lejos de serle útil, le hará cobrar odio á su humilde, pero necesario trabajo; querrá adquirir una posición menos fatigosa; y, si la miseria le ata al taller, á la tierra ó á la mina, se encontrará mucho más desdichado que su vecino, completamente ignorante.

Importa, ante todo, refutar esta objeción. Cada hombre debe ser considerado bajo dos puntos de vista: como sér independiente, completo por sí mismo, y como órgano de la colectividad. Ninguna de estas dos maneras de mirarlo se puede sacrificar á la otra. Como sér distinto, tiene el derecho al desenvolvimiento completo de sus facultades: como órgano de la colectividad, debe llevar á ella su parte del trabajo total necesario. Si este trabajo está repartido, según la justicia, entre todos los hombres; si las necesidades extravagantes de algunos de ellos no vienen á romper el equilibrio entre el consumo y la producción; si los instrumentos creados por la industria moderna están, como es debido, á disposición del trabajador; en una palabra, si el trabajo está racionalmente organizado, y si los productos de él están repartidos con equidad, la parte de trabajo exigible á cada uno se reducirá notablemente. Quedarán, al que peor hubiera salido del reparto, algunas horas que consagrar á su descanso y á los nobles goces que contribuyen al mejoramiento intelectual. Resultará, además, como compensación de las ocupaciones materialmente duras y penosas, que estas le dejan completa libertad de pensamiento. ¡Cuántos obreros de pluma, considerados como privilegiados por el artesano, cambiarían á veces gozosos su tarea, que se cree tan dulce, por un trabajo materialmente más rudo, pero menos absorbente!

Durante el período de transición, la objeción á que respondemos subsiste; pero, lejos de tener en cuenta la consecuencia, no podemos menos de aplaudir la saludable excitación que la cultura intelectual dará al trabajador manual. Comprenderá, en efecto, que no

basta que se esfuerce en dejar su posición para ir á buscar en otra parte el bienestar á que siente que tiene derecho; sino que, como su función debe ser desempeñada, es necesario que la organización social se modifique de tal modo, que pueda ser dichoso allí donde esté. En una palabra, no procurará gozar de un nuevo privilegio, sino simplemente obtener para sí y para los demás lo que simplemente se le deba en justicia.

Así, pues, en nombre de la justicia es en el que nosotros queremos para todos la enseñanza completa, integral.

Solamente los que parten de los antiguos principios pueden clasificar á los hombres en dos castas: la de los que trabajan y la de los que gozan; la de los que obedecen y la de los que mandan.

Otra consideración demuestra la utilidad social de la generalización de la enseñanza integral. Los hombres fundan sus juicios sobre lo que han aprendido. Nada es más diferente que los conocimientos de los diversos individuos. Dejando á un lado la pretendida uniformidad del régimen universitario, al que por lo demás ha estado sometida una minoría muy pequeña, no nos quedan casi más que especialistas. De aquí las opiniones más diferentes sobre todas las cosas, entre los que razonan; de aquí los prejuicios ó la indiferencia de la mayoría sobre una gran parte de cuestiones. Esta diversidad, que no tiene más que débiles inconvenientes para las cuestiones de pormenor, es muy de lamentar para lo concerniente á las fundamentales.

Tenga la educación de cada hombre por base, no una porción restringida de conocimientos humanos, sino su conjunto...»

Tal era el punto de vista social elevado de M. Paul Robin. El asilo de huérfanos Prevost se presiente que debe esencialmente diferir de todos los demás Institutos pedagógicos.

Vamos á tratar de presentar tan fielmente como nos sea posible los principales caracteres de esta institución, tan altamente interesante, cuya organización y experimentos ejercerán, á no dudarlo, una influencia muy grande sobre la transformación de los organismos pedagógicos actuales. Dejaremos á menudo la palabra al mismo M. Robin, que ha publicado en el *Bulletin de l'Orphelinat Prevost* gran número de noticias sobre los principios, métodos y procedimientos educativos aplicados en esta institución.

En 1861, un filántropo, M. J. G. Prevost, estableció, en una propiedad que poseía en Cempuis, una casa de retiro para todos los infortunados. A su muerte, en 1875, la legó al departamento del Sena, que no tomó posesión de ella hasta 1880, á consecuencia de un proceso intentado por los colaterales deshereda-

dos. El Consejo del departamento decidió crear allí un asilo de huérfanos. Tres años fueron consagrados para el arreglo, construcciones, reparaciones, y el régimen normal no pudo ser definitivamente organizado más que á partir del final del año 1883, con una población de 80 muchachos y 50 muchachas, que creció progresivamente y que en la actualidad está cerca de alcanzar la cifra de 200 alumnos, todos huérfanos de padre ó madre, ó de los dos. Se recibe á los niños á partir de la edad de 4 años, y se les conserva hasta los 16.

I.

La coeducación de los dos sexos.—En Cempuis, la educación se da en común á las muchachas y á los muchachos por maestros y maestras. Se considera allí la escuela como una preparación á la vida social, y se quiere que tenga el carácter de una gran familia, y no la de un cuartel ó convento. «La vida de un grupo de educadores que colaboran á una misma tarea, debe ser la de gentes buenas, activas, afectuosas, de buen humor, la de una gran familia de hermanos y hermanas adoptivos, en que las funciones que concurren á un mismo fin deben ser cumplidas por ese grupo de educadores que, en los diferentes grados, juegan el papel que cumplirían en la familia natural hermanos y hermanas, adultos, padre, madre, abuelos. Suprimir uno de estos elementos es lúgubre en la familia educadora como en la familia natural, más todavía, puesto que el sufrimiento se aplica á un gran número de alumnos (1).»

En las clases, en el taller, en el gimnasio, en el recreo, los paseos, los viajes, durante las comidas, siempre los muchachos y las muchachas están confundidos, y los educadores son indiferentemente hombres y mujeres á quienes están repartidas las ocupaciones diversas, según el principio de «que cada función debe ser desempeñada por una persona capaz, ó mejor todavía, que un conjunto de funciones que concuerdan al mismo fin debe ser desempeñado por un grupo capaz.»

La experiencia es concluyente. Todas las objeciones que espíritus prevenidos oponen al sistema de la mezcla de sexos en la escuela, no resisten á un examen serio y están destruídas por los hechos. La coeducación de muchachos y muchachas ejerce una influencia *moralizadora* evidente sobre todos, alumnos y educadores. En semejante medio de un carácter familiar, el espíritu curioso é inquieto de los niños no está preocupado por la diferencia de los sexos, y se libran de sugerencias morbosas, á las cuales están fatalmente expuestos los alumnos de las escuelas en que los sexos están rigurosamente separados.

(1) *Du rôle de la femme dans l'enseignement*, par P. Robin.

En todas partes donde se han conservado escuelas mixtas, en los Países Bajos, en los Estados-Unidos de América, en Inglaterra, en Suiza, se encuentran bien con este sistema; lo mismo acontece en Bélgica, donde existe todavía un cierto número de escuelas rurales, frecuentadas por niños y niñas que reciben instrucción en común. Desgraciadamente, se ha entrado desde hace largo tiempo en una senda falsa: la de la separación de los sexos en la escuela, con gran desventaja de la educación general de hombres y mujeres. Mas por fortuna la preocupación parece tocar á su fin, si se juzga por ciertos sistemas significativos que anuncian una próxima vuelta á la escuela mixta: los jardines de niños (escuelas maternales), reúnen á las niñas y niños de tres á siete años; en las facultades de Medicina, de Ciencias, de Derecho, los cursos son seguidos por señoritas. Por todas partes en donde se ha entrado en este camino, se felicitan por los resultados adquiridos; do quiera se confirma que la presencia de las jóvenes en aquellas escuelas hasta hoy exclusivamente reservadas á los jóvenes, no produce ninguna perturbación enojosa. Esperemos que estos ejemplos animen á las administraciones públicas para reorganizar sus escuelas en todos los grados, según el sistema de la coeducación de sexos, y que en la repartición de funciones de maestro, de profesor, de director, de inspector, tendrán en cuenta, no el sexo de los educadores, sino sus aptitudes. Esto es lo que pedía en 1878 el Congreso libre é internacional de educación en París al votar la proposición siguiente:

«La experiencia ha probado que la educación en común de los dos sexos, y por los dos sexos, no presenta los inconvenientes que se habían temido; que es al contrario un poderoso estímulo para el desarrollo de las inteligencias, el progreso de los estudios y la moralización; que es el mejor medio de poner la educación de la mujer en armonía con la de los hombres, y con esto de constituir la unidad en la familia. Es de desear que las escuelas de todos los grados sean reorganizadas de manera de poder reunir á los alumnos de los dos sexos, y dirigidas por educadores de los dos sexos también.»

II.

La educación física.—La educación física es, en Cempuis, objeto de cuidados especiales. Allí están penetrados de la profunda verdad tan enérgicamente expresada por Emerson: «La primera condición de prosperidad para el individuo es ser un *buen animal*, y la primera condición de prosperidad para una nación es estar compuesta de buenos animales.»

La gimnasia se cultiva allí bajo sus más variadas formas: ejercicios clásicos en un espacioso gimnasio; juegos alternados de fuerza y agilidad durante los recreos; zancos, arcos,

pelotas, bolos, patines de ruedas, etc.; en invierno, patinación; en verano, natación; en todo tiempo, velocipedia, baile, ejercicios militares, manejo de las armas, tiro, palo, pugilato, lucha, equitación, maniobra de la bomba de incendios. Este programa se completa por frecuentes paseos en la propiedad y en los alrededores, viajes á pie, trabajos manuales agrícolas é industriales; además, cada año, todos los niños hacen un viaje de verano de quince á veinte días á la costa.

Todos los discípulos, muchachos y muchachas, llegan á ser por este régimen infatigables andarines; recorren grandes distancias á razón de 25 á 40 km. por día, sin manifestar la menor fatiga y sin quejarse; los hemos visto en Bruselas y en Amberes, resistiendo, durante siete días seguidos, ejercicios que seguramente habrían cansado á los jóvenes (y con más razón á las jóvenes) que no hubiesen tenido un tal método. Ni uno solo de estos niños, muchachos y muchachas, llega á la edad de 12 años, sin saber nadar; muchos lo saben antes; á los 15 años, todos son grandes nadadores y buzos. Han ahondado en el jardín de la escuela un estanque de natación, en el cual van á ejercitarse tres ó cuatro veces por semana desde los primeros días del buen tiempo hasta el mes de Octubre.

Los más adelantados están encargados de hacer la educación de los principiantes. Las muchachas y los muchachos van juntos al estanque de natación, y á menudo son las muchachas las que dan ejemplo de atrevimiento y de vigor. No citamos, sino para recuerdo, los ejercicios de música vocal é instrumental, que, además de su valor desde el punto de vista de la educación artística, son excelentes para fortificar los pulmones. Todos los muchachos saben montar á caballo convenientemente. Los bicis y los tricis son elementos de los cuales se saca un gran partido en Cempuis: todos los discípulos llegan á ser hábiles velocipedistas.

Esta educación intensa de los músculos no se hace con detrimento de las funciones cerebrales; al contrario. El *surmenage* no ha hecho ninguna víctima en Cempuis. Casi siempre se ha atribuído á aquel los efectos del *malmenage*; no es del exceso de estudios de lo que padecen tantos discípulos de otras escuelas, sino de la falta de equilibrio entre el trabajo cerebral y el trabajo muscular, y de la aplicación de malos métodos de enseñanza. En el asilo Prévost, las lecciones son cortas y variadas; se alterna constantemente entre los ejercicios físicos y los intelectuales; los unos sirven de contrapeso á los otros; el cerebro fatigado descansa durante los recreos, los ejercicios del gimnasio y del taller.

En estas condiciones, el equilibrio fisiológico está asegurado, el buen humor no se altera, el fastidio, esta calamidad de tantas es-

cuelas, no viene jamás á fruncir los ceños.

Hé aquí el cuadro del empleo del tiempo (término medio):

Sueño: 8 h. (la clase superior); 9 h. (la primaria); 10 h. (la de los párvulos).

Comidas: almuerzo, 15 minutos; comida, 30 minutos; cena, 30 minutos.

Total..... 1 ¹/₄ h.

Ejercicios físicos: a) Gimnasia, patinación, velocipedia, baile, ejercicios militares, tiro, pugilato, palo, lucha, equitación, baños, natación, paseo, excursiones (término medio)..... 2 h.

b) Trabajos manuales en las clases, los talleres, los campos; servicios, recreos..... 5 h.

Total para los ejercicios físicos..... 7 h.

Trabajos intelectuales: a) Lecciones en las clases ó al aire libre . . 6 ¹/₄ h.

b) Estudio con trabajos determinados ú ocupaciones libres; dibujo, música vocal é instrumental, recitación, teatro..... 1 ¹/₂ h.

Total para los trabajos intelectuales. 7 ³/₄ h.

Resumen:

Ejercicios físicos..... 7 h.

Trabajos intelectuales..... 7 ³/₄ h.

Descanso y comidas..... 9 ¹/₄ h.

24 horas.

Esta repartición *media* del tiempo nos parece muy racional. Hay que notar que las vacaciones son desconocidas en el asilo de huérfanos Prévost. Se cree que son perjudiciales, más bien que útiles; que nada justifica un sistema que consiste en abandonar, durante un mes ó dos, la obra de la educación, que debe de ser continua para ser eficaz. Se comprende que los discípulos que frecuentan escuelas mal organizadas aspiren á las vacaciones, que son para ellos la emancipación momentánea de un odioso yugo; pero no sucede lo mismo en una institución donde el régimen está científicamente combinado; donde todas las necesidades, todas las aspiraciones legítimas de los niños encuentran su satisfacción, donde los ejercicios son infinitamente variados, y siempre en relación con el grado de fuerza y de aptitud de cada uno; donde, por la alternativa y el equilibrio de las energías físicas, intelectuales y morales, los niños experimentan este íntimo sentimiento, «el goce de vivir», que es la demostración más evidente de la salud del cuerpo y del espíritu (1). Ahora bien; este resultado se adquiere en

Cempuis. La energía moral de los discípulos está á la altura de su energía física. No conocen el vértigo; no hace mucho tiempo construyeron un edificio bastante alto; se les veía subir las escalerillas, pasar sobre los muros y las vigas con la vista tranquila, el pie firme. Se muestran estoicos cuando deben sufrir dolor; las pequeñas operaciones quirúrgicas, inevitables en un grupo tan numeroso, no provocan un grito. El director y los enfermeros—discípulos del asilo—han tenido algunas veces ocasión de hacer suturas, medio enérgico delante del cual se retrocede muy á menudo; los pacientes no demuestran generalmente advertirse de ello; cuando es preciso extraer una muela, es raro que se oiga un grito. Los seres imaginarios y la oscuridad no les asustan; su cerebro no sufre la obsesión de los fantasmas que aterran á tantos niños, cuya primera educación ha estado mal dirigida. Las preocupaciones sobre ciertos animales calumniados no les producen efecto. Son inaccesibles á los sentimientos deprimentes; el miedo y sus derivados, esos sentimientos funestos, á los cuales los profesores insensatos apelan para doblegar el carácter de los niños y establecer su despótica autoridad, no son tampoco conocidos en Cempuis.

Por este sistema se ha llegado á producir niños sanos, vigorosos, hábiles y buenos. Su cara alegre, su magnífico desarrollo muscular, su resistencia á la fatiga, su energía moral, demuestran que la educación en común de los dos sexos, los ejercicios físicos variados, ejercen un poderoso influjo preventivo, y en caso necesario correctivo, sobre las costumbres y sobre las mismas imaginaciones.

III.

La educación intelectual.—El programa de estudios del asilo Prévost es *enciclopédico*. Semejantes pretensiones parecerán exageradas é irrealizables á la mayor parte de los representantes y de las víctimas de la pedagogía reaccionaria. En buen número de escuelas primarias se sigue todavía la enseñanza dogmática del catecismo, de la gramática, de la aritmética, de la historia y de la geografía; se considera al cerebro de los niños como un recipiente en el cual el maestro debe verter una enojosa fraseología de definiciones abstractas, de reglas mecánicas, de fórmulas huecas, de principios erróneos; y como los niños sometidos á este régimen muestran demasiado poco gusto para el estudio y manifiestan una repulsión marcada hacia la escuela, deducen que hay que imponerles la instrucción por el temor de los castigos y el cebo de las recompensas.

Hasta se ha aplicado á la enseñanza de las ciencias naturales, en muchas escuelas, el método dogmático, á pesar de su evidente

(1) Recuérdese que esta institución se halla establecida en el campo.—(N. de la R.)

ineficacia; se *expone* verbalmente, ó por medio de lecturas y de dictados, algunos fenómenos de física, pormenores sobre los caracteres de los animales y de los vegetales; y como estos procedimientos pedantescos y «librescos» son tan estériles en las lecciones de ciencias como en las lecciones de gramática, se ha confirmado la opinión de que á los niños no les gustan las ciencias y son incapaces de comprenderlas, y algunos espíritus estrechos y timoratos han podido sostener, con cierta apariencia de razón, una campaña contra el *surmenage* que suponen nacido de una enseñanza con base científica y de los programas enciclopédicos.

Estos programas se enseñan con éxito en Cempuis, donde se aplican los métodos de observación y de experiencia que, en el dominio de la pedagogía, pueden duplicar la influencia educativa de la escuela. Se pone á los alumnos enfrente de los objetos reales, de los hechos, de los fenómenos naturales, y aprenden á observarlos, á analizarlos, á interpretarlos. Están tomadas todas las precauciones para prevenirlos contra las ilusiones de sus sentidos. En el primer grado de la enseñanza, en la clase maternal é infantil, no se da ninguna lección en forma; se cuida especialmente de la cultura de los sentidos, con el fin de hacer de ellos buenos instrumentos de investigación. Por medio de juegos variados tomados de Froebel y de sus discípulos, ó imaginados por los educadores, y aun por los alumnos mismos, se enriquece el cerebro de los párvulos con innumerables percepciones exactas, elementos primordiales de las ideas generales y abstractas que más tarde se desplegarán espontáneamente. Los alumnos no están sujetos á una enervante inmovilidad: á los ejercicios de construcción con ladrillos, bastoncillos, listones, etc., suceden cantos, bailes, paseos, conversaciones familiares, alimentadas por los incidentes que surgen inopinadamente, los fenómenos que naturalmente se presentan ó que se provocan, las historias interesantes que el educador ó los alumnos cuentan. Este es, como se ve, el *jardín de la infancia* (no sistemáticamente mecanizado, como lo está demasiadas veces en otras partes), que presenta ese aspecto de alegría natural, de espontaneidad, de iniciativa y de vida intensa que debe ser su característica esencial.

La transición entre estas clases, en que todas las actividades se ofrecen en forma de juego, y las clases superiores, no se hace bruscamente. En las clases intermedias, se continúa acumulando por numerosos ejercicios de observación nociones que más tarde se clasificarán naturalmente y se generalizarán. A las matemáticas, la astronomía, la física, la química, la biología, la sociología, no se las expone nunca doctrinalmente, como en esos libros

que comienzan siempre por las definiciones y los principios, por lo más general que hay, más abstracto y menos comprensible. Se sigue el orden inverso, que es el de la evolución psíquica, tanto en la especie como en el individuo. Así, las matemáticas no se enseñan, durante un período de muchos años, por definiciones, principios, teoremas lógicamente demostrados; sino que los alumnos, desde la clase de párvulos hasta los 12 ó 13 años, y algunas veces por más tiempo, se ejercitan prácticamente en medir, calcular, comparar y analizar las formas geométricas, en buscar *experimentalmente*, por procedimientos materiales (dibujo, plegado, etc.), las propiedades de las figuras. En otros términos, el cálculo intuitivo precede á la aritmética teórica y al álgebra, y el estudio completamente material de las formas geométricas, la práctica de pesos y medidas, de los instrumentos de agrimensura y de nivelación, preparan los espíritus para las demostraciones racionales de la geometría abstracta.

No podemos más que bosquejar muy rápidamente el método aplicado en la enseñanza de las diversas ciencias. Es, por lo demás, siempre el mismo: al principio, observaciones y experimentos numerosos, ejercicios de comparación y de análisis: en seguida, cuando el cerebro posee bastantes nociones y ha adquirido un grado suficiente de madurez, la definición y la expresión de la ley de los fenómenos. Algunos ejemplos bastarán. Todos los días, á las seis de la mañana, á la una y á las nueve de la noche, los alumnos van á observar los instrumentos meteorológicos: barómetros, termómetros secos, humedecidos, de máxima y mínima, el pluviómetro, el heliógrafo de Campbell. Además, anotan el estado del cielo, la dirección y la fuerza del viento, la forma y la dirección de las nubes, y, cuando se presentan, los fenómenos de aparición más rara, como el arco iris, la aurora boreal, etc. Estas observaciones son la ocasión de explicaciones y experimentos de física, propios para hacer comprender la meteorología.

La astronomía se enseña de la misma manera. Por la noche, se reúne á los alumnos sobre una meseta desde donde se pueda ver bien el cielo; se les enseña á distinguir los soles y los planetas; se les indica y se les nombra las constelaciones, la vía láctea, las nebulosas; las fases de la luna, los movimientos aparentes de las estrellas, se notan con cuidado; y cuando semejantes observaciones han sido seguidas con atención durante tiempo suficiente, se procede á la explicación racional de los fenómenos astronómicos.

En los días buenos, la clase se da al aire libre: se va al campo, á los bosques, á recoger plantas que se analizan y se clasifican; poco importa que los alumnos retengan ó no sus nombres latinos, lo principal es que las ob-

serven y las clasifiquen. De la naturaleza misma, y no de los libros, es de donde los alumnos toman su instrucción. Los libros son auxiliares, fuentes de noticias, y nada más; la ciencia está allí muerta. La serie natural de los fenómenos sucesivos del pensamiento es así rigurosamente observada; y por seguir este orden en Cempuis, se puede enseñar un programa enciclopédico, bajo el cual sucumbirían los alumnos de las escuelas en que se procede por el método dogmático y por el estudio de los libros.

El método de observación y de experimentación no es desgraciadamente aplicable á la historia, cuyos hechos no pueden ser verificados rigurosamente como los de las ciencias físicas. En una conferencia dada en Bruselas, M. Robin decía: «La historia es el dominio de la opinión, de la discusión, estéril á menudo. Enseñamos á nuestros alumnos cuánto deben guardarse de ser demasiado confiados en esta materia. Estimamos, sin embargo, que la historia enseña á los civilizados modernos que hay una lucha constantemente sostenida para resolver el terrible problema de la miseria. La historia se repite, se ha dicho: y es verdad. El problema social se resolverá científicamente por la educación, que desenvolverá profundos sentimientos de justicia y de solidaridad.»

La lengua se enseña también prácticamente en Cempuis; se atiende en todas las lecciones á hacer que los alumnos expresen ideas exactas en un lenguaje suficientemente correcto. No se enseña las teorías gramaticales más que en la medida en que son necesarias para el certificado de estudios primarios.

La simplificación de la ortografía sería una medida favorablemente acogida por todos aquellos que deben enseñarla ó aprenderla. En Cempuis se va más lejos: se enseña á todos los alumnos la *taquigrafía*, según el sistema Guénin.

«Damos la más grande importancia á este estudio, dice M. Robin. Es cierto que con un buen sistema rigurosamente fonético, es decir, en el que la escritura y la pronunciación se correspondan exactamente, toda persona puede llegar á leer y á escribir su lengua en un tiempo que varía entre algunos minutos y algunas horas; mientras que, con la rutina actual, los más favorecidos tienen necesidad de muchos años para poseer las reglas convencionales de la ortografía.

»Somos partidarios de toda simplificación, pequeña ó grande, llevada á la ortografía... Pero creemos que la taquigrafía ofrece solo la verdadera solución del problema».

(Continuará.)

ENCICLOPEDIA.

CLASIFICACIÓN DE LOS MISERABLES

RESPECTO Á LAS CAUSAS DE SU MISERIA,

por Doña Concepción Arenal.

El pauperismo se compone de miles, de millones de personas, que carecen de lo necesario fisiológico: es decir, de miserables.

Los miserables lo son:

- 1.º Porque no pueden. } Falta de trabajo.
Falta de aptitud.
- 2.º Porque no quieren trabajar.
- 3.º Porque malgastan la retribución suficiente del trabajo.
- 4.º Porque la retribución del trabajo es insuficiente.

Hay, pues, una relación necesaria entre el pauperismo y las condiciones del trabajo, la aptitud para él y el modo de invertir su remuneración; es decir, que el problema es económico-moral-intelectual.

Nos apresuramos á decir, y procuraremos probar en este libro (1), lo que viene á ser su resumen; á saber:

Que la situación económica de los miserables es consecuencia de su estado moral é intelectual; que aun cuando en el círculo de acciones y reacciones sociales llega á convertirse en causa, la primordial y más poderosa de la penuria que mortifica el cuerpo, es la del espíritu; que hay un necesario psicológico, como fisiológico, y que la raíz primera y más profunda de la miseria física es la espiritual.

A las cinco categorías de miserables que dejamos enumerados, corresponden responsabilidades y moralidades muy diferentes. Son: el holgazán que se propone vivir con la hacienda ajena y el laborioso que en vano procura acrecentar la propia; el que se labra su ruina y el que es víctima de inevitable desventura; el que merece pena y el que merecería una estatua, si el mármol se cincelara para los que, después de una lucha heroica en que faltó la vida antes que la virtud, descansan por la primera vez en la fosa común.

Entre los miserables, hay nociones confusas ó erróneas del deber, atonías letárgicas, embrutecimientos, iras, dolores y goces, tan tristes de contemplar como el sufrimiento; hay conciencias rectas y caracteres firmes en diversos grados, que tardan en transigir con ninguna indignidad; y por último, otros que no transigen nunca, y cuya penuria económica forma terrible y sublime contraste con su riqueza moral.

(1) Véase la nota publicada en el BOLETÍN (tomo XIV, pág. 124), con ocasión del artículo titulado *El Pauperismo*. El presente trabajo forma el primer capítulo del libro que allí se anunciaba. (N. de la R.)

Los que padecen miseria, según la causa de ella y el modo de soportarla, varían mucho; pero hay circunstancias que les son comunes á cualquiera clase á que pertenezcan. Tales son:

1.^a Las consecuencias físicas de la falta de lo necesario fisiológico.

2.^a Tendencia á aumentar la desgracia, á medida que se prolonga.

3.^a Presión social; es decir, aquel modo de pesar las cargas, la parte onerosa de la sociedad; los inconvenientes de los defectos, de las ligerezas, de los vicios, de las faltas; las severidades de la justicia; los anatemas del descrédito; todo, en fin, lo que abrumba al caído: á esto llamamos *presión social*, á la que dedicaremos un capítulo aparte, que merece por su importancia.

Cualquiera que sea el origen de la miseria, ya fuere resultado de un proceder injusto ó insensato, de inevitable desgracia, ó de acción heroica, tendrá de común estas tres circunstancias que la agravan, círculo de hierro que la oprime, ley terrible que pesa sobre ella.

Estas tres circunstancias obran sobre miles, sobre millones de criaturas; no son fatales, en el sentido de su necesidad absoluta y de estar en la naturaleza de las cosas; pero mientras no desaparezcan, obran fatalmente: la miseria ataca la salud y mina la vida, se aumenta prolongándose, y la presión social, mientras exista (y hoy existe), abrumba.

Pero, aunque procuremos conocer el pauperismo, observando á los que aflige y cómo llegan á estado tan mísero y su modo de ser en él, todavía no nos habremos formado idea exacta de este deplorable fenómeno social: porque la existencia del miserable está entrelazada con la del rico, influida por él, material, moral é intelectualmente, y no puede conocerse la una desconociendo la otra. Así, por ejemplo:

En la falta de trabajo, influye muchas veces el que sus productos satisfacen los caprichos del lujo, las veleidades de la moda, la fiebre de los negocios, la tiranía de la concurrencia, las brutalidades de la guerra.

En la falta de aptitud, influye muchas la carencia de salud, que se perdió por falta de medios para conservarla.

En la holgazanería y el despilfarro, influyen muchas veces la falta de educación y los malos ejemplos.

En la insuficiente retribución del trabajo, influyen siempre la poca aptitud del trabajador por falta de instrucción, las leyes injustas y la mala organización económica y administrativa, de que resulta la falta de trabajo, su escasa retribución y la carestía de los objetos que se han de adquirir con ella.

Se ve, pues, que el estudio de la miseria es inseparable del de la riqueza; que no se puede apreciar la condición del miserable sin saber cómo está organizada la sociedad en que vive;

que, sobre los que la organizan y dirigen, recaen principalmente los méritos y las responsabilidades del bien y del mal que en ella se hace, y en fin, que el estudio del pauperismo abarca el de la sociedad entera. Vasto campo que, por más que se procure, no puede reducirse á muy estrechos límites: nos place como al que más condensar, pero mutilar, no.

LA REPÚBLICA NORTE-AMERICANA

SEGÚN EL PROFESOR BRYCE,

por el Prof. D. Gumersindo de Azcárate,

Catedrático de Derecho en la Universidad de Madrid.

(Conclusión) (I).

XI.

Los Estados-Unidos se han tenido siempre por la tierra clásica de la *igualdad*, tema principal de los estudios de Tocqueville. La igualdad civil y la política son absolutas en ese país, pero no sucede lo mismo respecto de la riqueza, de la cultura, de la posición social, de la estimación. Hace sesenta años, no había fortunas fabulosas, pocas grandes y era desconocida la pobreza. Hoy hay alguna, que en pocas comarcas reviste el carácter de pauperismo, muchas grandes fortunas y un número mayor de fortunas gigantescas. Es el fenómeno más saliente de los últimos veinticinco años la aparición, no de esos pocos millonarios colosales en que todo el mundo se fija, sino de muchos de segundo orden que tienen de cinco á quince millones de pesos. En punto á educación, la profusión de escuelas elementales y superiores procura á las masas una mayor cultura que en Europa, resultando así un nivel medio superior. A los ricos que son malas personas les cierra las puertas la buena sociedad con más frecuencia que en Inglaterra. Los ricos son objeto más de admiración que de respeto. Los sabios y los artistas, en cambio, obtienen ese respeto como en ningún pueblo de Europa, si se exceptúa Italia.

Puede un potentado, un sabio, un político, un general, llegar á ser objeto de interés, de admiración y hasta de reverencia; pero siempre se le considera de carne y hueso como los demás, y no como si ellos fuesen de porcelana y los demás de barro. En este respecto el sentimiento de igualdad es más pronunciado que en las Repúblicas francesa y suiza. Esto no es decir que no haya rangos y distinciones en la sociedad, ni que no signifique algo el ser un *caballero* ó una *señora*. Cuando algún europeo pregunta si no les perjudica la falta de una nobleza hereditaria, los norte-americanos

(I) Véase el número anterior.

se sonríen. «Sería el colmo de la locura crear en el Nuevo Mundo lo que tantos, pensando cuerdate, quisieran suprimir en el viejo.» Según testimonio unánime de los admiradores y de los detractores de la democracia, las maneras dejaban mucho que desear hace cuarenta años; pero hoy se reconoce, con la misma generalidad, que no difieren de las de los franceses, ingleses ó alemanes.

Pocos problemas son tan complejos como el de determinar las relaciones entre las instituciones políticas de un país y su *vida intelectual*, ni nada tan frecuente como el exagerar el influjo de las formas de gobierno. Tan absurdo es atribuir á la de los Estados-Unidos las deficiencias en punto á arte y cultura, como hacer depender de ella el asombroso desarrollo de su riqueza. La democracia no ha pagado ciertamente su deuda gigantesca, pero tampoco tiene la culpa de no contar con filósofos como Burke y poetas como Wordsworth. El predominio del protestantismo evangélico ha sido un factor tan importante en la vida nacional como la forma de gobierno. ¿Cuál es el carácter distintivo de la cultura en los Estados-Unidos? ¿Cómo influye en ella la política? No cabe decirlo, por la sencilla razón de que no existe esa influencia. En este respecto de la ciencia y del arte, los Estados-Unidos son una parte de la Gran Bretaña, y ésta es una parte de aquellos. Hay allí más público para los libros que en Inglaterra, y sin embargo, producen menos obras literarias. ¿Será que no tienen *genio creador*?

No hay razón para sorprenderse de que entre 60 millones de hombres no aparezcan genios. Los alemanes son hoy más numerosos y más cultos que antes, y sin embargo, no tienen un Gœthe, ni un Schiller, ni un Kant, ni un Hegel. Favorecen poco al espíritu de invención la falta de tranquilidad y la preocupación de los intereses materiales. Los norteamericanos dicen, que cuando se hayan apoderado del territorio, volverán su atención al mundo del espíritu. Sin embargo, sus astrónomos figuran en primera fila, son muy estimados sus fisiólogos y sus médicos, en Economía están por encima de Francia é Inglaterra, sus libros de derecho son tan buenos como los ingleses, y en cuanto á la ciencia política, se cultiva con más empeño que en Inglaterra, «donde, seguramente, apenas se estudia;» de cualquier modo, hoy se consagran muchos más á las artes y las ciencias que hace treinta años, mejoran los métodos y se obtienen más resultados, y todo autoriza á creer que llegará el día en que sobresaldrán los norteamericanos en esto como sobresalen en punto á la prosperidad material.

¿Cuáles son las *relaciones intelectuales* entre Europa y los Estados-Unidos? El pueblo norteamericano es, como casi todos, orgulloso y altivo. Hace cuarenta ó cincuenta

años se estimaba mucho á sí propio, y poco á los demás. Hoy ya es otra cosa; un crítico imparcial diría que es menos altanero que el alemán, menos pretencioso que el francés y menos satisfecho de sí mismo que el inglés. Sin embargo, las masas se envanecen de la igualdad social, de la superior pureza de la vida doméstica, de su literatura y de gozar de una libertad más completa que en Inglaterra y más ordenada que en Francia. Todavía en 1887, un hombre eminente, refiriéndose al inmortal período de la declaración de la independencia, escribía lo siguiente: «El dió la libertad política á América y á Francia, la unidad y la nacionalidad á Italia y á Alemania, emancipó á los siervos de Rusia, libertó á Prusia y Hungría del feudalismo, y *con el tiempo hará libres también á Inglaterra é Irlanda.*» En general, puede decirse que en materia de cultura el papel de consumidor toca á los Estados-Unidos, y el de productor á Europa; pero hay motivos para esperar que con el tiempo se produzca allí un tipo nuevo de vida intelectual.

Aquel país es, entre los grandes, el único que no tiene *capital*. Hablando del distinto valor é importancia de las capitales de Europa, puesto que ni Roma ni Berlín son, respecto de Italia y Alemania, lo que París y Londres respecto de Francia é Inglaterra; dice de Madrid Mr. Bryce, que «siendo una ciudad moderna, situada en un país consolidado hace menos tiempo y menos perfectamente que los más de los otros Estados de Europa, es menos capital de España que lo es Lisboa de Portugal ó París de Francia». Washington no es una verdadera capital, aun cuando allí se reúnen las Cámaras y reside la administración federal, porque en esa ciudad viven los políticos, pero no los hombres de negocios. Es de notar que Washington forma parte del distrito federal de Columbia, y como no pertenece á ningún Estado, no tiene participación alguna en el gobierno federal; sus habitantes no eligen senadores ni diputados, ni tienen voto en la elección de presidente, y la ciudad es gobernada por una comisión federal. Y lo propio puede decirse de los Estados. Con algunas excepciones las grandes ciudades no son capitales, ni bajo el punto de vista político, ni bajo el intelectual. Es capital del Estado de Nueva-York Albany, no Nueva-York; de Illinois, Springfield, no Chicago; de California, Sacramento, no San Francisco; de Filadelfia, Harrisburg, no Filadelfia.

Si las excelencias de la *oratoria* consisten en estas cinco cosas: tener ideas, emplear las palabras adecuadas, poder hallar con rapidez las palabras y las ideas, penetrarse del temperamento y tendencias del auditorio, y producirse con gracia y animación, los norteamericanos son superiores á los ingleses en las tres últimas, pero no en las dos primeras.

El defecto más frecuente es lo inflado del estilo. En la oratoria sagrada sacan una pequeña ventaja á los ingleses; en la del foro, están á la misma altura. En cuanto á la política, dado el modo de funcionar las Cámaras, son estas un teatro en que no puede brillar la oratoria como en los Parlamentos de Europa, y menos aún en la de representantes que en el Senado. En este pronunciaron Webster y Calhoun aquellos discursos que conmovieron hondamente al país, y hoy se oyen otros escasos de brillantez y de pasión, pero llenos de buen sentido, y en forma sencilla y llana.

Apenas si hay europeo, de la clase alta ó de la media, que no se sorprenda al oír hablar de la *alegría ó de lo agradable de la vida* en los Estados-Unidos, y sin embargo, lo es; en primer lugar, porque complace ver en rededor de uno condiciones externas de felicidad que alcanzan á cuasi todos, la abundancia de lo necesario, la facilidad para adquirir cultura y comparativamente pocas tentaciones para la intemperancia y el vicio.

Luego es otro encanto la igualdad social, la cual, en vez de perjudicar á las buenas maneras y modales, facilita su progreso, porque se respeta al hombre y á la mujer, sin tener en cuenta su posición social. Además, no hay contiendas acres entre las iglesias y las sectas; no ofende, como en otros países, el contraste entre la paz que se predica en el púlpito y la acrimonia de las controversias clericales en la práctica, y menos hay la oposición y el antagonismo entre cristianos y no cristianos que laceran la vida pública y privada en Francia; antes al contrario, allí es una verdad el principio de Federico el Grande, según el cual debe dejarse á cada uno seguir el camino que mejor le parezca para ir al cielo. El pueblo norte-americano es bondadoso, servicial, sociable, y como es tierra de esperanzas, es tierra de buen humor.

En cambio, la vida norte-americana tiene un solo, pero grave inconveniente, la *uniformidad*; en el aspecto de la naturaleza, en las ciudades (revelada en el hecho de tener las calles números y no nombres, y en la ausencia de lo que recuerda el pasado), en las instituciones políticas y en el mismo modo de ser los hombres y las mujeres. Hay más variedad de tipos en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y España, que en los Estados-Unidos. La de los países europeos es debida, no solamente á la circunstancia de no haberse fundido totalmente las razas, sino á la de sobrevivir, al lado de las instituciones nuevas, las antiguas. Es verdad que en los Estados-Unidos muchas son también antiguas y de Europa proceden, pero las han vestido con ropaje nuevo y adaptado á las necesidades del día, de donde resulta que son prácticamente idénticas en todo el país.

Los emigrantes no han cambiado hasta

ahora esta uniformidad, ni quizás la cambien en el porvenir. Al presente solo hay dos comarcas en donde se encuentran tipos salientes: uno, en Nueva Inglaterra, donde el espíritu del puritanismo, expresado en nuevas formas literarias por Emerson, ha producido un modo especial de pensar y de discurrir; y otro en el Far West (el lejano Oeste), donde se ve el *pionner*, el aventurero trabajador de las minas, el explorador de nuevos territorios, audaz, seguro de sí mismo, emprendedor, y que estima tan poco la vida propia como la ajena.

Finalmente, Mr. Bryce dedica un capítulo á exponer el *temperamento del Oeste*, «el asunto más digno de estudio que el mundo moderno ha contemplado. Por lo que hace á su crecimiento y desarrollo, es cosa que no se ha visto igual en el pasado, ni quizás se vea en el porvenir. Un vasto territorio, maravillosamente rico en recursos materiales de todo género; un clima templado, saludable y adecuado para el trabajador europeo; un suelo, por lo general, fértil, en muchas partes hasta un punto maravilloso; con montañas ricas en minerales en unas partes, y en otras, bosques con árboles de más de doscientos pies de altura; y todo este inmenso territorio, virtualmente sin ocupar, abierto á una raza enérgica que dispone de todos los adelantos de la ciencia moderna, son fenómenos sin precedente alguno en la historia, y que no puede ocurrir en otra parte, porque nuestro planeta no tiene pedazo de tierra que reúna condiciones semejantes... La naturaleza y el tiempo han conspirado para hacer de la cuenca del Mississipi y la pendiente hasta el Pacífico, teatro de la empresa más rápida, más fácil y más completa que registran los anales de la civilización y del progreso desde que el fundador de la monarquía egipcia reunió bajo un gobierno las tribus del Nilo.» Los malos hábitos de los políticos de oficio, el afán inquieto de la especulación mercantil y la impaciencia por obtener resultados pronto y relevantes, son las sombras que oscurecen el cuadro.

Las consideraciones sobre el porvenir político, social y económico de los Estados-Unidos, con que termina su obra el profesor Bryce, serán asunto del próximo y último artículo.

XII.

«La tarea de prever el *porvenir*, dice el autor, es una de aquellas que un escritor hará bien en no emprender, porque las costas de la historia están sembradas con los restos de las predicciones naufragadas de historiadores y filósofos»; pero bien puede estudiarse el proceso del desarrollo que al presente experimentan las instituciones. Los cambios son más rápidos en nuestro tiempo que en los

pasados, y como América es la tierra de las mudanzas, no cabe duda de que dentro de cincuenta años será más distinta de lo que es hoy, que lo es al presente de la que describió Tocqueville.

Comenzando por el sistema federal, apenas ha sufrido alteración aquel equilibrio, que es el fin principal de la Constitución. Los temores que algunos abrigaban, antes de la guerra civil, de que, ó se relajarían los vínculos federales hasta convertirse la República en una liga, ó se formarían varios Estados independientes, á nadie asaltan hoy; en una palabra, el hecho de ser federal el Gobierno, no perjudica á la cohesión del cuerpo político, y no estarían más libres los Estados-Unidos de disolverse, si constituyeran una República unitaria, como Francia, ó una monarquía unificada, como Italia. De igual modo, es improbable lo contrario, esto es, la absorción de los Estados por el Gobierno central, aunque es imposible desconocer la energía creciente de las fuerzas centrípetas y unificadoras.

El equilibrio entre los distintos elementos que constituyen el Gobierno nacional, es hoy tan estable como en pasados tiempos. El Congreso sigue siendo el poder dominante del Estado, aunque comparado con el de la opinión pública, parece haber declinado; y conservará el que tiene, no tanto porque el pueblo esté satisfecho de sus servicios, como por no hallar mejor servidor. La debilidad del Congreso constituye la fuerza del Presidente, siendo en toda América manifiesta la tendencia á concentrar el poder y la responsabilidad en manos de un hombre, no para hacer de él un déspota, que haga prevalecer su opinión sobre la del país, sino para que sirva á ésta.

La *maquinaria* de los partidos tiene vicios y defectos que se han de curar desde fuera y no por los políticos de oficio. Son dos señales favorables la Ley de 1883 sobre empleados públicos y la formación de grupos de ciudadanos independientes para dar su voto á candidatos honrados, sin tomar en cuenta el partido á que pertenecen. Muchos de los males que Tocqueville vió y juzgó incurables, han desaparecido, y otros que él no observó, pueden muy bien ser tan transitorios como aquellos con que asustó á Europa en 1834. Según testimonio de americanos cuyos recuerdos alcanzan á esa época, había entonces un espíritu de partido más violento y menos escrupuloso, un menor respeto de la ley, una mayor disposición á la violencia, menos consideración al saber de las personas cultas, y una más completa sumisión á las masas que hay al presente.

Dos peligros se ven en lontananza. Consiste el uno en que si dos tercios de los emigrantes son ciudadanos estimables, el otro tercio, por su ignorancia en materia política, y algunos por la facilidad con que adoptan doctrinas

anti-sociales, son vivero de demagogos y motivo de movimientos como el de Pensilvania de 1877, el de Cincinnati de 1884 y el de Chicago de 1886. El otro, más grave, consiste en que á medida que se van poblando las regiones del O., se acerca el día en que las tierras más productivas estarán ocupadas, y en que las que hoy se cultivan resultarán tan esquiladas, que será poco lo que produzcan por bien que se las trabaje. Personas competentes en materias económicas, creen que no pasarán treinta años sin que el problema quede planteado. Si la crisis viene, lo que se puede asegurar es, que no traerá la anarquía con que algunos alarmistas meten miedo: las fuerzas que restablecen el orden y lo mantienen son tan enérgicas en los Estados-Unidos como en cualquiera otra parte del mundo.

«Sin negar la posibilidad de que lleguen para los Estados-Unidos tiempos de lucha y de peligro, el que haya estudiado aquel país no dejará de observar que posee para ese caso elementos de defensa de que carecen algunos pueblos europeos. La contienda entre el capital y el trabajo no parece probable que revista la forma de un odio profundo entre clases. La distribución de la propiedad territorial entre muchos pequeños propietarios es probable que continúe. Los hábitos de la libertad, junto con la moderación y el dominio de sí propios que ellos poseen, es también probable que sigan inalterables, y aun confirmados y madurados por una larga práctica de los mismos. El influjo regulador y conciliador de la religión, es más enérgico que en Francia y Alemania, y más ilustrado que en aquellos países del continente europeo en que la religión parece tener más fuerza. Reconozco que nadie puede decir hasta qué punto los Estados-Unidos, dentro de cincuenta años, se parecerán en estos respectos á los Estados-Unidos de hoy; pero si hemos de basar nuestros vaticinios en los hechos actuales, podemos pensar en el porvenir, no ciertamente sin ansiedad, dadas las nubes que se observan en el horizonte, pero con más optimismo que ansiedad.»

Más difícil todavía es vaticinar el *porvenir económico y social* de la República norteamericana, cuando haya quintuplicado su riqueza y triplicado su población, porque las fuerzas que operan en los cambios de ese orden son más numerosas, más sutiles y más complejas, y porque, no solo la prosperidad comercial, sino su cultura, habrán de ser quizás modificadas más por el curso de los sucesos del viejo mundo que por la política.

El rasgo fisonómico más saliente, en el orden económico, es el número creciente de las grandes fortunas. En 1833 Tocqueville hizo notar la igual distribución de la riqueza y la ausencia de capitalistas; hoy hay allí más millonarios que en ningún otro país, y dentro de cincuenta años acaso tenga más que todos los

de Europa juntos. Y sin embargo, allí no existe la primogenitura; siempre por lo general los padres distribuyen por igual sus bienes entre los hijos, y prefieren para sus hijas los maridos trabajadores á los maridos ricos, así como son más dados que los europeos á emplear parte de su riqueza en objetos de pública utilidad, en vez de consagrarla toda á constituir con ella un patrimonio para su familia. La formación de esas grandes fortunas es debida al rápido desarrollo del Oeste. Los abusos de las Compañías y de los *Trusts* ó sindicatos y de sus directores, es posible que den lugar á alguna de las medidas reguladoras de su acción que demandan las masas.

Afortunadamente, no hay señales de que se acumule la propiedad territorial. Solo se encuentran fincas de gran extensión en el lejano Oeste, particularmente en California, aparte de algunas que poseen Compañías ó especuladores que trafican en esto en los Estados de la parte alta del Missisipi, y las cuales venden en parcelas á los que van á establecerse en aquellas regiones. Pero nada hay que permita temer por la suerte del sistema de modestos labriegos propietarios, que trabajan por sí mismos sus fincas, y que constituye una de las bases de la felicidad y de la estabilidad de la República.

El aumento de la raza negra es menos rápido de lo que acusa á primera vista el censo de 1880, y no constituye al presente un peligro. Aunque la línea de separación entre blancos y negros es más señalada que antes de la guerra civil, hay por parte de aquellos menos tendencia á la opresión y por la de estos mejor disposición á entenderse con sus antiguos amos.

Una de las cosas que llaman más la atención del viajero, es el asombroso poder fundente que tienen las instituciones, los hábitos y las ideas respecto de los inmigrantes. Los hijos de los irlandeses, de los alemanes y de los escandinavos, son americanos hasta un punto que no era de esperar. El peligro de la emigración está en su deplorable influjo en la vida pública de las ciudades y en el ejercicio del sufragio universal. Los norte-americanos, que hace veinte años celebraban la venida de los extranjeros, hoy dictan leyes para estorbarla.

Es también justa causa de ansiedad, el hecho de abandonar muchas gentes el campo por las ciudades, hasta el punto que se calcula absorben los habitantes de éstas una cuarta parte de los sesenta millones que cuenta la República; lo cual es debido, no solo á las causas económicas que producen el mismo resultado en todas partes y al espíritu de empresa tan prepotente en la juventud americana, sino también al disgusto que causan la vida aislada del campo y la monotonía del trabajo agrícola.

El problema más difícil para el que medita en el porvenir de aquella sociedad, es este: ¿cuándo, cómo y en qué forma se desenvolverá allí un tipo manifiestamente nuevo y verdaderamente nacional en cuanto al genio y al carácter? Los vaticinios formulados por Emerson en 1844, no se han cumplido aún, porque no ha aparecido el *genio americano* por él anunciado. No es fácil prever cuál será el espíritu científico y literario al otro lado del Atlántico, pero es posible señalar las causas que están produciendo en aquella sociedad un modo de ser desconocido en Europa.

Es la primera, que en ninguna parte del mundo hay una masa tan vasta de lectores cultos é inteligentes, y no hay que olvidar que los vivos pueden muy bien llegar á ver 250 millones de hombres habitando entre el Atlántico y el Pacífico, obedeciendo al mismo Gobierno, hablando la misma lengua y leyendo los mismos libros.

El mismo progreso es de esperar tenga lugar en los demás elementos que constituyen lo que llamamos civilización. Las maneras van siendo más finas, la vida más ordenada, la igualdad entre los sexos más completa y los goces de la vida accesibles á las masas, como no lo han sido en ninguna parte, y la civilización va desenvolviéndose con tal unidad y tal armonía, que el impulso intelectual puede propagarse por todas partes en una forma desconocida en los más pequeños y más antiguos Estados de Europa.

Ciertamente que así el Gobierno y las instituciones, como la civilización industrial, están más distantes de la república ideal que imaginaron los filósofos de Europa y con que soñaron los americanos. Sin duda esperaban unos y otros que la naturaleza humana iba á cambiar tan solo por cruzar el Océano. El hombre progresa poco á poco, pero con seguridad; cuando comparamos una edad con la precedente, observamos que á veces el terreno que parece haberse perdido, se recobra. El error de los que forman ideales que nunca se realizan, consiste en olvidar que para llegar á lograrlos son necesarios tiempo, esfuerzo y paciencia.

«Este punto de vista menos sombrío es más frecuente en los Estados-Unidos que en Europa, porque, no solamente siente en sus arterias el fuerte pulso de la juventud, sino que recuerda la magnitud de los males que ha curado, y ve que ha llevado ya á cabo muchas cosas que en vano anhela el viejo mundo. Y por lo mismo que el pueblo norte-americano es más optimista, por lo mismo es más sano. No esperan, como sus antepasados, realizar sus ideales fácilmente ni pronto; pero dicen que continuarán trabajando por ellos, y lo dicen con un tono de confianza en su voz, que resuena en el oído del viajero europeo y le transmite algo de ese optimismo. América

tiene todavía delante de sí una serie de años durante los cuales gozará de condiciones mejores que las que puede esperar Inglaterra. Que los Estados-Unidos muestran el nivel más alto, no solo de bienestar material, sino también de cultura y de felicidad á que nuestra raza ha llegado, será el juicio que formen los que ponen los ojos, no en los pocos favorecidos en cuyo beneficio parece haber el mundo organizado hasta aquí sus instituciones, sino en el pueblo todo, en todo el cuerpo social.»

Con estas palabras termina el profesor Bryce su obra, y aquí ponemos fin á esta reseña, larga y pesada, pero quizás insuficiente para dar idea de lo contenido en 2.000 páginas sustanciosas. Si ha bastado para dar una idea de trabajo tan magistral y despierta en algunos el deseo de leerlo, nos daremos por satisfechos.

ESPÍRITU DEL ANTIGUO CIUDADANO EN ROMA,

por el Prof. D. José de Caso (1),

Catedrático de Filosofía en la Univ. de Madrid.

El concierto de las clases opuestas que desde un principio se dibujan en el seno de la ciudad, pedía algo más que una simple transacción de intereses: requería juntamente la alianza de las personas por la comunión de las almas. Para una comunidad social más amplia y más compleja que todas las precedentes, hacía falta un espíritu más amplio y más complejo. ¿Lo era el dominante en la ciudad primitiva? Y en caso contrario, ¿qué grado de flexibilidad presentaba para vencer los límites opuestos á su expansión? Contesten primero las creencias religiosas, puesto que en este tiempo, como en los primeros de las diversas civilizaciones, la religión no fué una manifestación particular del alma, sino el molde común de todas.

Ya se ha hecho alusión al culto más arraigado en los corazones y más influyente en la vida de los primeros ciudadanos: el de los lares ó genios tutelares de la casa, cuyo santuario era el hogar doméstico. La necesidad de su protección á cambio de los dones indispensables para su subsistencia, reunió las familias junto á las tumbas de los antecesores, donde un día reposarían también sus descendientes, necesitados entonces, como ellos, de las ofrendas de los vivos. La ciudad asimismo tuvo sus genios custodios—los penates—y su hogar sagrado—el del templo de Vesta—ultimo refugio del paganismo, cuando el resto de la antigua fe ya había muerto.

Al fuego sagrado que las vestales alimentan noche y día se liga indisolublemente el desti-

no de Roma. Es el símbolo de sus dioses penates; su extinción equivaldría á perderlos, á quedar la ciudad huérfana de protección, y abierta á sus enemigos, una vez desamparada de esta suprema defensa. La vestal que á tanto diese motivo, haciéndose culpable de esa extinción, debería expiar la falta con su vida.

Hé aquí ideas bien antiguas, y un culto cuyo pensamiento generador ha pertenecido á muchos pueblos. No es maravilla que traspase con el ciudadano romano los umbrales de la casa para extenderse á la ciudad; no es maravilla que lo acompañe á su ingreso en la historia. ¿Qué ha de traer á esta nueva escena un hijo del pasado sino la herencia de otras edades? Pero lo sorprendente es su apego á esa herencia; lo significativo es la predilección con que la mira sobre todas las demás y sobre sus adquisiciones ulteriores. En esta predilección y en ese apego empieza á bosquejarse su espíritu: un espíritu bien hallado con las primeras impresiones recogidas del mundo ideal, y poco dispuesto á abandonar la posición conquistada á la entrada de ese mundo, para aventurarse á sondear sus lejanos horizontes.

Así lo dice el carácter general de las divinidades en que personifica sus ideas del orden natural ó moral y hasta sus propias cualidades. El más nacional de los antiguos dioses itálicos, *Marte*, denuncia, por su popularidad misma, las aficiones guerreras y dominadoras de sus adoradores—entre los cuales no son los últimos ciertamente los que ingresaron en la confederación de la ciudad romana.—A él se asocia *Quirino*, que no es sino un segundo Marte. El que más adelante fué jefe supremo de la jerarquía divina—*Júpiter Capitolino*—apenas tiene más significación positiva, fuera de tal jefatura, que el ser á la vez la glorificación de la grandeza romana. Júpiter, desde esa situación eminente en la meseta del Capitolio, que simboliza su imperio, domina, no ya sobre todos los dioses patrios, sino también sobre los dioses de los vencidos, y, por tanto, sobre los vencidos mismos. Eso es lo que representa para el romano: su poder; y por eso lo adora; y por eso crece su prestigio á compás que el de la ciudad aumenta. Roma, en fin, se adora á sí misma en su gran dios; Júpiter es ella divinizada: es su apoteosis. Porque en suma, despojado de ese valor histórico, ¿qué queda de él? ¿El padre celestial de la tradición aria? ¿El dios de la pureza, de la santidad, de la honradez, etc.? Es inútil acumular interpretaciones, porque las divinidades no han de entenderse simplemente según los atributos verbales con que se designan, sino según las han sentido los pueblos; no hay que verlas tal y como aparecen en las palabras, sino tales y como fueron en los corazones. Pues bien: es patente que el romano venera siempre en sus dioses algo positivo

(1) Ver en los números 312 y 313 del BOLETÍN los artículos titulados *Notas sobre la historia romana*.

abstraído del mundo de los hechos y *generalizado*, pero nada ó débilmente *idealizado*. Cuando no es la guerra ó la soberanía conquistada, como en Marte, Quirino, Belona y Júpiter, es el comercio en *Mercurio*, á quien atribuye esa significación predominante entre tantas como le había asociado la historia; ó el lucro en *Hércules*, para lo cual tuvo que sufrir este dios una transformación romana; ó el éxito en la diosa *Fortuna*; ó la sementera en *Saturno*; ó la flor en *Flora*; ó la cosecha en *Ops*; ó los lindes de los campos en el dios *Término*; ó la *Salud*, la *Juventud*, la *Concordia*... ¿A qué seguir? ¿Qué objetos ó hechos había á que en Roma no correspondiese un dios, ó, cuando menos, un genio ó espíritu? No daba un paso el romano sin tropezar con alguno. Mas lo que importa advertir es el sentido positivo de todos, á la vez que el sello de abstracción, la falta de plasticidad de sus concepciones; es que son símbolos de nociones empíricas, y no encarnaciones vivas de ideales; es que denuncian una tendencia palmaria al formalismo en que el pensamiento se petrifica, una carencia de vitalidad, de mal augurio para su renovación y progreso—porque, si hubiesen encerrado en sus entrañas la plenitud ideal de las griegas, poco importaría su pobreza de significación en los primeros tiempos, desde el punto en que esa idealidad anunciaba una virtud creadora henchida de promesas para el porvenir; mas eso precisamente es lo que no se trasluce en tales concepciones religiosas.

Importa asimismo notar que el romano, por su parte, no envidia ni busca esa trascendencia del pensamiento: razón demás para que no la consiga. No llama á sus dioses en busca de inspiración, sino para que le satisfagan sus deseos ó para que no lo hagan víctima de su cólera, cuando los sucesos la desencadenan. Todos los pueblos, en alguna época de su vida, han pedido también á sus dioses favores y gracia; pero el romano figura entre los que apenas han pedido más que eso. Sus celebridades religiosas predilectas son aquellas á que se asocian alegres expansiones, es decir, aquellas que le procuran un beneficio palpable, y juzga de lo grato que deben ser á los dioses los sacrificios, por el placer que encuentran sus adoradores consumiendo en el festín la carne de las víctimas. Verdad es que en esto no hace más que participar del sensualismo común á todos los pueblos que no han llegado á los ápices de las religiones históricas; pero aun aquí es de ver la sobriedad y parsimonia con que él se divierte, la medida con que previene el exceso del placer, para no rebasar en esto mismo los límites de lo conveniente, y sacar á salvo los fueros del cálculo y de la utilidad hasta en medio de sus goces. Si espera algo más de sus dioses, es que protejan constantemente la ciudad, que den la victoria

á sus ejércitos, que garanticen los pactos internacionales, que presidan á las deliberaciones del Senado, que den códigos y sanción para sus infracciones; en resumen, siempre algo positivo á los ojos del creyente, y á veces realmente positivo, como los preceptos civiles y morales con que el santuario suplió durante tiempo el silencio de los tribunales. Así, aunque el sentido utilitario no sea peculiar de la religión romana, sino de todas las que no se elevan á un alto grado de pureza ideal, lo que no debe olvidarse es el predominio que en ella conserva ese sentido y el carácter de contrato que reviste el comercio de los dioses con los hombres. Las divinidades de la ciudad, del propio modo que las familiares, necesitan ofrendas, y los ciudadanos se encargan de que no les falten; desde ese momento están interesadas en la prosperidad de sus adoradores: velar por ellos es velar por sí mismas. Pensando las cosas de esta suerte, tratándose de un cambio de servicios, las dos partes contratantes tienen igual derecho á exigir el cumplimiento fiel de lo que tácitamente estipulan; y si los dioses se irritan por las torpezas, por las negligencias ó por las ofensas impremeditadas de los hombres, los hombres á su vez les echan en cara la falta de su ayuda en trances de apuro, y les guardan rencor por sus derrotas.

Bien se deja de ver en todo que, si esta religión ha salvado la etapa en que las divinidades se conciben como existencias no mucho más poderosas que los hombres, está bien lejos, sin embargo, de reputarlas omnipotentes. Los límites de su poder son notorios, cuando se considera que los hombres pueden penetrar en los designios divinos, estudiando atentamente las señales en que se revelan, y saben también el modo de hacerlos propicios á los mortales y de evitar los adversos; ó de otra suerte: los hombres pueden influir en los dioses: punto este esencial, porque no basta conocer las divinidades adoradas para juzgar el influjo de una religión sobre la vida; hay que saber á qué título se aceptan, en qué estima se tienen, qué índole de adhesión y qué grado de respeto pueden alcanzar.

Se comprende con esto el papel importante de los *augures*, los hombres instruídos capaces de interpretar la voluntad divina, y el de los *pontífices*, los sabios depositarios de la ley religiosa, con cuya observancia se gana aquella voluntad. El augur tendrá que intervenir en los actos más importantes, porque ni se abre una sesión sin la seguridad de que los dioses son propicios, ni en la guerra se da la señal de la batalla sin que el arúspice haga un pronóstico favorable, después de inspeccionar las entrañas de la víctima sacrificada al efecto. Para casarse, para testar, para adoptar, para todos los actos que no puedan realizarse sino de acuerdo con ciertas prescripciones religiosas, habrá que consultar á los pontífices

si existe ó no algún impedimento, porque ellos son los que saben y declaran la ley.

La ciudad tuvo sus libros sagrados donde se conservaban las fórmulas y ritos tradicionales del culto; libros guardados celosamente, porque toda indiscreción que hubiese dejado trascender la menor parte de su contenido á un extranjero, hubiese equivalido á poner á merced suya los dioses: como que tales fórmulas y ritos eran los medios de que los hombres disponían para inclinar la voluntad divina en su favor; descubrirlos un extraño hubiese sido penetrar el secreto de esa influencia y adquirir el poder de atraerse á las divinidades. Y las fórmulas eran tanto más preciosas, como tales fórmulas, cuanto que su sentido difícilmente se entendía, bien porque no lo hubieran tenido nunca en ciertos casos, bien porque se hubiese perdido ú obscurecido en el transcurso del tiempo. Mas, una vez admitido que los antepasados se habían servido de ellas con éxito para persuadir ó aplacar á las divinidades, lo de menos era saber en qué estribaba su virtud. ¿Qué importaba ignorar el sentido oculto á que los dioses se rendían, puesto que, fuera el que quisiese, en la fórmula estaba? Usándola, y usándola estrictamente en los mismos términos que los antepasados, surtiría iguales efectos. Así, suponiendo que en otra época hubiesen encerrado una significación, desde el momento en que se había perdido y no quedaban más que los signos, era capital no omitir nada en punto á éstos, á la fidelidad de su reproducción y á la oportunidad de su aplicación. Para orar, lo esencial eran las palabras de la oración y el ritmo con que debían cantarse, porque *esas* palabras, dichas de *ese* modo, habían sido oídas en ocasiones semejantes. Lo mismo acontecía con las diversas ceremonias del culto; la exactitud en la reproducción de los pormenores era el todo: la eficacia del sacrificio dependía de la clase de la víctima, de su color, de la forma del cuchillo con que se inmolaba, de la especie de leña con que se asaban las carnes. Para dirigirse á una divinidad ó cumplir ciertos actos del culto, no era indiferente ir calzado ó descalzo, con la cabeza cubierta ó descubierta; eso era según el dios y según las circunstancias. De aquí á trasladar toda la esencia del culto á los símbolos, no había más que un paso; y así, andando el tiempo, se repetirá hasta treinta veces una ceremonia por haberse cometido una leve omisión ó alteración, que bastaba para anular su virtud. El romano sabía ciertas fórmulas infalibles contra las enfermedades, pero su eficacia dependía de repetir las veintisiete veces, y escupir cada una de cierta manera.

Hechos de este linaje prueban en muchos casos esa supervivencia ya notada de creencias inferiores más antiguas, ó mejor, la incrustación de restos inanimados de una creencia muerta en las entrañas mismas de las más

recientes. Lo pregona con elocuencia el carácter anacrónico de muchas supersticiones romanas, como el secreto en que tenían el nombre de la principal de sus divinidades protectoras, por temor de que, si los enemigos lo conociesen y pronunciasen, ella acudiese al llamamiento, desertando de la ciudad; ó como la idea de que dioses y hombres podían darse por satisfechos, recibiendo, á cambio de las cosas deseadas, un puro símbolo; por ejemplo, el tributo anual de argivos que esperaba el dios del Tíber, quedaba pagado arrojando las vestales á su corriente treinta muñecos (1). En ambos ejemplos se columbra muy bien esa identificación infantil de las cosas y personas con sus símbolos ó imágenes, que se observa en tantos pueblos salvajes ó bárbaros, en estado de creencia viva ó simplemente amortiguada, no muerta, haciéndoles pensar, por ejemplo, que la posesión del nombre de una persona es la posesión de algo real de la persona, que la deja en cierto modo bajo la dependencia del que lo conoce; que no se hace un retrato sino á expensas del original, parte de cuya vida pasa á él; que un ataque á la sombra de un hombre ó un daño inferido á su imagen pueden transmitirse al individuo; con tantas otras aprensiones inconcebibles para nosotros.

Claro es que las supersticiones semejantes del romano no indican en él un estado de cultura igual al de las poblaciones donde hoy reinan las últimas, desde el momento en que más que creencias vivas eran simples detritus de las pasadas; ni el subsistir sus huellas, después de extinguido su imperio, es un hecho excepcional, sino constantemente repetido en la marcha de todas las civilizaciones. Pero la tenacidad de su persistencia en la vida, si no en el alma de este pueblo, nos anuncia un rasgo de su fisonomía moral, que nunca debe olvidarse para comprender su historia y el influjo que ha ejercido en la general humana; el poder del espíritu conservador, que para el antiguo ciudadano hizo del culto á las tradiciones el más sagrado de todos. No hay sino ver cómo, al llegar la época de su primera innovación legislativa, se guarda mucho de derogar las antiguas leyes, y las deja subsistir al lado de las nuevas, á pesar de sus contradicciones, y de la confusión inextricable que engendraron. Es que las prescripciones jurídicas consignadas entre las oraciones y las ceremonias, en los libros sagrados, eran la herencia venerada de remotas generaciones, conservada por tradición antes de perpetuarse por escrito, y el ser antiguas bastaba para que fuesen santas, así hubiesen carecido de la consagración religiosa asociada al derecho consuetudinario en los orígenes de las civili-

(1) Mommsen, *Historia de Roma*, traducción española de A. García Moreno, vol. 1, páginas 258 y 83.

zaciones, porque, en la primitiva Roma, antigüedad y santidad fueron términos sinónimos.

Ese mismo espíritu conservador, que atestiguan tantas y tan poderosas filtraciones del pasado en medio de los progresos ulteriores, no resplandecen menos cuando, arruinada ya la antigua fe, se creyó necesario prestarle una existencia ficticia y conservarla como religión del Estado. Y este último hecho, junto con esa preocupación del simbolismo que ha motivado las explicaciones anteriores, nos pone nuevamente en presencia de otro atributo característico del romano; su espíritu formalista. Desde un comienzo resalta grabado energicamente, no solo en el culto, sino en las relaciones jurídicas. Aquí, como allí, el todo es la letra; un contrato en que se olvida pronunciar las palabras sacramentales señaladas por la ley, es perfectamente nulo. Ya puede en lo sucesivo reclamar una de las partes de la otra el cumplimiento de sus compromisos; reclamación ociosa: no hay tal compromiso á los ojos de la ley, siendo así que esta no obliga por el principio moral que formula, sino por los términos en que lo traduce. El que tenga que pleitear sobre unas viñas, bien puede no caer en la tentación de llamarlas por su nombre; deberá decir «árboles», que es la voz usada por la ley; y si no lo dice, perderá el pleito, como lo perdió el litigante de que habla Gayo, no obstante ser patente la justicia de su reclamación. Y la fuerza de los actos dependía en grado igual de las formalidades externas que debían acompañar á su cumplimiento: en los primeros tiempos, para comprar un objeto había que tocarlo con la mano; para litigar sobre una propiedad había que simular un combate; si no, no había compra ni litigio.

No es menester circunscribirse al derecho y á la religión para sorprender las huellas más tempranas del carácter que viene bosquejándose, pues, si en la primera época apenas puede hablarse de otras manifestaciones superiores del espíritu, su misma ausencia es harto significativa para el caso. La personalidad con que el romano ha pasado á la historia, se formó sin el concurso de las influencias del arte y de la ciencia: ni unas ni otras habían adquirido su ascendiente propio moral, cuando él gozaba ya de su prestigio político; ni unas ni otras habían conquistado su alma, cuando él se había ya lanzado á la conquista de los pueblos. Y no es preciso anticipar si el tardío y premioso nacimiento de las primeras significa impotencia ó solo escaso cultivo de las aptitudes que reclaman; el simple hecho de este escaso cultivo en la época más oportuna—en la del desarrollo espontáneo del pueblo latino—y la circunstancia de que el abandono fué voluntario, de que respondió á una desestima evidente de la especulación intelectual y de la creación poética, basta para

afirmar por lo menos el predominio de otras inclinaciones, que dieron diversa dirección á sus energías: bastan para afirmar sus tendencias principalmente empíricas, su sentido práctico, su temperamento de acción. Esas prendas que, realzadas por la virilidad del carácter—su mayor título quizá á la consideración histórica—le abrieron una larga senda de éxitos en las lides políticas y militares, no podían depararle con la misma facilidad idénticos favores allí donde el criterio utilitario, la autoridad y el poder, no bastan para obtenerlos.

Excusado es decir que las notas precedentes dejan á salvo las diferencias étnicas de la población romana, y sólo indican los tonos dominantes del conjunto, especialmente en la ciudad primitiva. Así, al incluir entre otras, por ejemplo, el poder del espíritu conservador, no ha de entenderse negado el de progreso, característico del elemento latino, que alienta en la plebe; ha de entenderse solo que en Roma el segundo se deja guiar en sus reivindicaciones por los consejos del primero, el cual, por tal manera, rige y encauza los mismos movimientos populares, asegurando á la historia romana un curso más normal que á la griega, y una estabilidad mayor á sus instituciones.

Hecha esta salvedad, los rasgos anteriores, sin que valgan por un retrato completo, sin presumir que den idea acabada de la fisonomía moral del romano, son suficientes para responder á la pregunta que originó las observaciones de este número: el espíritu dominante en la ciudad primitiva, ¿bastaba para concertar los antagonismos que encerraba? Y en caso contrario, ¿qué grado de flexibilidad ofrecía para vencer los límites opuestos á su expansión?

Si valen las premisas expuestas, forzoso es concluir que ese espíritu correspondía á una fase de desarrollo social anterior al que la ciudad inauguraba. Recuérdese su carácter arcáico. Aun así, lo más influyente de él en la ciudad primitiva no eran los elementos comunes á las dos clases, cuya concordia debía promover y garantizar, sino los privativos de las *gentes*, que, habiendo constituido el núcleo de la ciudad, la gobernaban con principios religiosos, morales y jurídicos íntimamente asociados á sus creencias, á su régimen y á sus intereses domésticos. Era el espíritu de familia ampliado; pero no un espíritu cívico. ¿Cabía hablar en su nombre á la plebe para que aceptase sus imposiciones, cuando esas imposiciones la desheredaban, sancionando los privilegios patricios? Transigir con él era transigir con esos privilegios; el plebeyo no podía hacerlo sino resignándose á su suerte. En un Estado oriental esa hubiese sido la solución; pero en Grecia, en Roma y en general en Europa entera, donde los hombres, para prosperar, han tenido que des-

plegar una energía salvadora; en este continente, donde el suelo exigía y el clima fomentaba ese vigor y disciplina de la actividad que aumentan la capacidad del obrero, y le abren una senda de progreso indefinido, como es el que se basa más en el propio esfuerzo que en las liberalidades de la naturaleza (1); aquí no pesaba sobre las masas ningún fatalismo que perpetuase su servidumbre, y por eso aquí por primera vez hay *pueblos*, aunque conserven aún *individuos* esclavos, y aunque estos individuos lleguen á formar muchedumbre. Ahora, cuando una colectividad no tiene que luchar á la vez contra opresiones naturales y sociales, á cual más poderosas, y combinadas para su daño en una alianza invencible—como las clases obreras del Oriente;—cuando la naturaleza se retira del combate, y deja libre al oprimido, y quedan solos el hombre frente al hombre, entonces, por lo mismo que la lucha es menos desigual, hay mil caminos para que las fuerzas de los contendientes se equilibren, y cese el predominio de las unas á expensas de las otras. Europa dejó por primera vez á las sociedades esta libertad de desenvolver equilibradamente sus fuerzas para robustecerse y organizarse, en vez de destruirse. Las clases inferiores podían hacer valer las suyas en la medida en que aprovechaban su emancipación de la naturaleza para dirigirlas con los recursos de su espíritu, es decir, en la medida en que utilizasen esa emancipación para su progreso moral.

¿Qué trabas, pues, ó qué facilidades ofrecían las condiciones del espíritu romano para esa elevación de la plebe? Si esa elevación no hubiese podido resultar más que del despliegue espontáneo de las facultades, quizá hubiera sido muy difícil, porque no es la espontaneidad lo que en aquel pueblo predominaba á juzgar por todos los síntomas anteriormente recogidos. Al contrario, en sus creencias religiosas se nota ya una inercia evidente: las que pueden considerarse más nuevas en su forma son viejas en el fondo, y todavía envejecerán más sin renovarse y producir mejores frutos; no se registra aquí un florecimiento semejante al de la mitología griega. En las esferas científica y artística se comprueba igualmente en ese espíritu algo de refractario á las expansiones ideales, es decir, á lo que más revela el genio espontáneo, la virtud nativa de las almas. Pero, en cambio, donde quiera se adivina el esfuerzo laborioso de una inteligencia preocupada en desentrañar el lado útil de los hechos, á falta de sus elementos ideales, y una voluntad tanto más paciente y briosa para sacar partido de esas conquistas utilitarias, cuanto menos gratuita

es la asistencia que le prestan los dones naturales. Hé aquí otro camino de elevación, más difícil, pero, por lo mismo, más meritorio: el de los hombres que fundadamente pueden llamarse hijos de sus obras. Tal fué el romano. En su historia ha podido verse cómo hasta las circunstancias exteriores le impusieron una vida de acción, dirigida inflexiblemente por el cálculo. Pues bien: un espíritu calculador, tanto por exigencias internas, como por necesidades externas, puede tener estrechez de miras, puede estar lleno de preocupaciones, puede ser supersticioso; pero hará con todo eso su camino, porque todo cejará ante el interés. Ya se ha advertido que en Roma la religión se hizo utilitaria; no era difícil, estando como estaba casi toda más en los símbolos y el culto que en el pensamiento y en el corazón. Si las creencias estrechas del romano hubiesen tenido un influjo más profundo en su conciencia; si él se hubiese conservado tan primitivo como ellas, y las hubiese abrazado con fanatismo, es bien problemático que su espíritu hubiese podido medirse con las exigencias que le creaba la vida superior de la ciudad; pero, no siendo más que lo que fueron, si no le ayudaron poderosamente para elevarse, tampoco le pusieron obstáculos; dejaron expedito el camino á otros estímulos de progreso, cuya acción patentizan los hechos ya narrados por el autor (1), y se vislumbrará por momentos en el curso de las páginas que siguen.

INSTITUCIÓN.

NOTICIA.

Los Sres. D. Pedro, D. Tomás, D. Gabriel y D. Constantino Rodríguez, han hecho un nuevo donativo de 1.000 pesetas para el fondo de que dispone la Junta facultativa de la *Institución*. Con esto, ascienden los donativos de los Sres. Rodríguez á 6.300 pesetas.

(1) Alude á Bertolini, autor de una *Historia de Roma*, para cuya edición española se escribieron estas notas.

ADVERTENCIA.

Se suplica á los señores suscritores de provincias remitan á la Secretaria de la INSTITUCIÓN (Paseo del Obelisco, 8) el importe del renuevo de su suscripción, con lo cual facilitan la contabilidad, evitando el recargo acordado para los giros. Se acusa recibo de los pagos por medio del BOLETÍN.

Los señores suscritores de Madrid pueden abonar el año entrante, en la Secretaria, de 2 á 5 de la tarde.

MADRID.—IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

(1) Th. Buckle, *Historia de la civilización en Inglaterra*; traducción francesa de Baillot, vol. 1, páginas 57-59, y en general todo el cap. II.